

to tranquilo y con la fe en el corazón. Adiós, bondadosa Inés; adiós, hermosa Clotilde. ¡Adiós!...

El joven artista saludó respetuosamente a Inés; estrechó ardientemente la mano de su amada, que le envió una mirada profunda de amor, y se dispuso a marchar.

Clotilde se levantó de su asiento para acompañar a su amante hasta la puerta, y cerrarla.

Inés, para dejarles libres aquellos últimos instantes, tan dulces para los que aman, penetró a un precioso cenador, cubierto de enredaderas y flores, y se sentó a esperar a su protegida.

El doctor y Duval, cubiertos con las caretas, se prepararon, al verles caminar con dirección a ellos; empuñaron sus dagas y esperaron el momento oportuno.

La cabeza de un hombre asomó en aquel momento por encima de la tapia del jardín.

Era el mismo que había ido siguiendo cautelosamente a Leopoldo.

Cansado de esperar, se había valido de la escalera del sereno para subir.

El pintor, entre tanto, se adelantaba tranquilo y sin recelo al lado de la mujer que amaba, bien ajenos ambos de pensar que tan cerca estaban de un peligro inminente.

—Ahora nada temo, querida Clotilde—decía Leopoldo, cuando estaban a pocos pasos de los que les esperaban—; tú eres mi esposa delante de Dios, y a nadie puedes ya pertenecer; mis temores han cesado, y las pretensiones de Duval se estrellarán ante un imposible.

En aquel momento llegaron a los árboles en que estaban ocultos los dos malvados.

La joven iba a contestar; pero se vió de repente sujeta por detrás y tapada la boca con un pañuelo, lo mismo que Leopoldo, amenazados ambos por dos puñales dispuestos a caer sobre sus pechos.

Inés se encontraba dentro del cenador y nada pudo ver.

—Sígueme, o muere tu amada—exclamó uno en voz baja, pero terrible, dirigiéndose al sorprendido artista.

—¡Salgamos, o muere tu amante!...—dijo el otro a la angustiada hermosa.

Leopoldo quiso desprenderse, pero su contrario le tenía fuertemente sujeto.

—Si hace usted otro movimiento, es muerto—dijo el que le tenía fuertemente asido, levantando el puñal.

Clotilde palideció.

El hombre que estaba sobre la tapia, sacó una pistola,

apuntó con ella, la disparó prontamente, se oyó un ¡ay!... desgarrador en el jardín, y se vió caer envuelto en su sangre a uno de los tres, y sin sentido a la desdichada Clotilde.

CAPITULO X

Un baile leperocrático

Estamos en una casa de vecindad del barrio de la Palma, uno de los más afamados en México por lo valiente y pendenciera que es la gente baja que en él vive.

Al ver a aquellos hombres envueltos en sus frazadas, caído el sombrero «jarano» o de petate, de inmensas alas, sobre la oreja derecha, y generalmente hacia atrás, de rostros cetrinos, con el cigarro en la boca y el «jierro», como ellos dicen, metido en el ceñidor que sostiene su ancho calzón blanco, los transeúntes aligeran el paso al toque de oraciones, temiendo que tengan la cortesía de aligerarles de lo que llevan.

Pero es preciso hacer justicia al pueblo bajo de México.

El es valiente y pendenciero; expone su vida, a la «rifa», para servirse de sus palabras, por una expresión ofensiva, por la menor prueba de desprecio que reciba de otro igual; pero no mata, no insulta, no se mezcla con la gente pacífica y decente que transita por lo más solitario y retirado de la ciudad, aunque sea la hora más avanzada de la noche.

Los que lo contrario dicen; los que le pintan en Europa acechando en cada esquina al confiado ciudadano que pasa, para despojarle del dinero y de la vida, no conocen el país o han tratado de denigrarle.

Yo he recorrido a las once y doce de la noche, por espacio de muchos años, los barrios señalados como los más peligrosos, sin llevar arma ninguna, y jamás he tenido que arrepentirme de mi confianza.

He asistido a las diversiones populares, a sus fiestas públicas, a sus paseos favoritos, para estudiar sus costumbres; me he mezclado, por decirlo así, entre ellos, para escuchar sus palabras, juzgar de su talento natural, y conocer sus tendencias; he observado de cerca cuanto les atañe, y nunca he tenido contratiempo ninguno.

Esto prueba la índole excelente del pueblo mexicano, to-

diéndose a lo largo, formando una especie de callejón, forman el edificio.

Un farol, sostenido por un cordel, cuelga del techo y alumbraba la entrada del zaguán, iluminando su luz las más malformadas letras blancas de un rótulo escrito con mala ortografía, que se ve encima de la primera vivienda, y que dice: «Cacera», por «Casera».

Entre el segundo y tercer cuarto se descubre una escalera que conduce a la única habitación alta que cuenta el edificio, en cuyos balcones se ven las cédulas que indican que se alquila.

Eran como las ocho y media de la noche. El cielo estaba negro; los relámpagos se sucedían con rapidez pasmosa.

El barrio de la Palma presentaba el aspecto más imponente y lúgubre.

Las casuchas bajas de adobe, por entre cuyas desvencijadas y rajadas puertas se dejaba entrever el débil resplandor de una flaca y agonizante vela, pegada en la pared, aumentaba la lobreguez y el aspecto sombrío de aquel sitio, por donde de vez en cuando se veía cruzar algún hombre de fiero ceño, embozado en su sábana o frazada, que entraba en su especie de barraca para descansar, vestido, sobre un petate colocado en el húmedo suelo, donde pasaba la noche roncando tranquilamente.

De distancia en distancia veíanse abiertas las puertas de algún desprovisto tendejón, de carcomido mostrador, alumbrado por un farolito de papel. En él se veían tres o cuatro velas colgadas, algunas tortas de pan y un frasco de aguardiente, con algunos vasitos a su lado, y al tendero sentado en una silla rota, dormitando y embozado en su sarape.

Al oír la última campanada de las nueve, todas las puertas se cerraron casi a un mismo tiempo, y el barrio quedó en completa obscuridad.

—¿A dónde me dirigirá, Dios mío?...—exclamó una mujer envuelta en un vestido pobre y remendado, que cruzaba en aquel momento—. ¿Será posible que me vea precisada a pasar la noche en medio de la calle, y sin tener dónde guardarme de la tempestad que amenaza?... ¡A nadie conozco!... ¡Estoy cansada del camino, y ando a la ventura, sin saber en dónde me encuentre!... ¡Dios mío, Dios mío!... ¡Ten piedad de esta desgraciada!...

Y la mujer marchaba rezando interiormente.

Los alegres acordes de algunos instrumentos fueron en aquel instante a herir su oído.

—¡Música!...—exclamó con tristeza la pobre mujer, dirigién-

do la vista hacia donde salía—. ¡He aquí los contrastes de la vida!... ¡He aquí los contrastes de la sociedad!... ¡Aquí ríen y gozan!... ¡Allí lloran y sufren!... ¡Marchemos hacia donde son felices!... ¡Tal vez me concederán un rincón donde pasar la noche!...

Y la mujer se encaminó poco a poco a la casa de vecindad que llevamos descrita.

La casera iba ya a cerrar la puerta del zaguán, cuando se presentó la pobre al umbral, diciendo:

—¿Tiene usted la bondad de darme un lugar cualquiera para pasar la noche?

La casera le miró, y le pareció descubrir en las facciones de aquella mujer algo que revelaba buen nacimiento y educación.

—Pero...

—¡Soy una desgraciada mujer que ha sufrido mucho en la vida!

—Lo comprendo así.

—Que no tengo conocimientos en la ciudad, a la cual acabo de llegar en este momento.

—¡Pobre mujer!

—Era muy pobre, sí; pero ahora lo soy aún más, porque en el camino me han despojado de lo poco que traía.

—¿Le han robado a usted?

—Sí, señora.

—Entre usted, entre usted; eso es suficiente para que la reciba a usted—dijo la casera, haciéndose a un lado para que pasara la que demandaba hospitalidad.

—Dios le pagará a usted este rasgo de caridad—exclamó con profundo reconocimiento la infeliz mujer al verse bajo techo.

—No hago más que cumplir con una de las obras que él ordena: «dar posada al peregrino»—dijo la casera, mientras cerraba la puerta.

—Sin embargo, para cumplir con ella, se necesita tener un buen corazón, como el que usted tiene.

—Gracias a Dios—dijo la casera, acabando de cerrar la puerta—, no creo que lo tengo indiferente a las desgracias del prójimo.

Y luego, dirigiéndose hacia su cuarto y deteniéndose fuera, añadió:

—Tenga usted la bondad de entrar, señora, a la pobre habitación que le puedo ofrecer con la mejor voluntad.

La favorecida mujer penetró en el cuarto, y se quedó de

pie en medio de él, mientras la casera entraba y entornaba la puerta.

La habitación de la casera se componía, como generalmente se componen todas las casas de los caseros, de casas de vecindad, de una sola pieza. Las paredes estaban descascaradas por la humedad y en ellas se veían, en pequeños cuadros, algunas estampas ordinarias de los santos a quienes más devoción hay en México.

En un rincón de la pieza se veía una pequeña hornilla de barro, en que se cocían los «frijoles», junto a ella unas tenazas y un aventador; en el rincón opuesto una cama limpia, aunque indicando pobreza; entre la cama y la hornilla, una mesita de pino blanco, encima de la cual había un espejito roto en unas partes, y sin azogue en otras; una almohadilla de hechura antigua y sin bisagras, un candelero de barro en que ardía una flaca y agonizante vela de a «claco» y un libro de misa, cuya pasta, por el sudor y el uso, presentaba un color indefinible.

El pavimento de la pieza era de vigas ya carcomidas por el tiempo, y que se movían al pisar sobre ellas, como las teclas amarillentas de un mal órgano.

—Siéntese usted, mi alma—dijo la casera a su huésped después de entornar la puerta, y ofreciéndole de dos sillas descompuestas, únicas que componían el ajuar, la menos peligrosa.

—Gracias—contestó la mujer con voz dulce, aceptando el asiento, y bajando el rebozo con que hasta entonces había tenido cubierto el rostro.

La casera fijó entonces sus escudriñadores ojos en la huésped, y pudo advertir, a la opaca luz de la flaca vela, que su fisonomía era dulce y simpática, franca y tierna la mirada de sus bellísimos ojos azules, abundante y fino su cabello castaño, que llevaba recogido en dos hermosas trenzas; pequeñas y torneadas sus manos; gracioso y de gallardas formas su esbelto cuerpo, y su edad, si no revelaba la primavera de su vida, era sí todavía esa en que la mujer recoge los obsequios más tiernos.

La casera, al ver tanta belleza, bajo los viejos harapos que envolvían a su huésped, examinó sus movimientos, y se convenció de que aquella mujer había pertenecido a la buena sociedad.

Creyendo que grandes desgracias, sin duda, la habrían afligido, para reducirla al triste estado de pobreza en que la veía, sintió un vivo interés, mezclado de respeto, hacia ella, y tomando asiento a su lado, y tratando de pasar a sus

ojos por persona acostumbrada también a la buena sociedad, le dijo:

—¡Ay! No puede usted figurarse la vergüenza que me da vivir en esta pieza. Como estoy educada en una esfera más alta, cuanto aquí me rodea me hace echar de menos mi pasada posición social.

—¿Es decir, que ha sido usted desgraciada?

—Ya usted debe figurarse si lo habré sido, para haber venido a parar del estado más alto de la sociedad al de triste portera de casa de vecindad.

—Efectivamente.

—Figúrese usted, por lo mismo, si me compadeceré de los robados, cuando la causa de que me vea usted reducida a la necesidad de servir de casera de vecindad, es el que me hayan también robado hace pocos días.

—¿Será posible?

—Y tan posible; sí, señora; porque yo, aunque me esté mal el decirlo, me crié en magníficos pañales y con mucho regalo.

—Lo creo, porque conozco demasiado lo instable que es la rueda de la fortuna y las continuas evoluciones de ella.

—¡Ay!—dijo la casera, exhalando un prolongado suspiro—; nadie tiene pruebas tan amargas de esa verdad como yo. Figúrese usted que soy nada menos que viuda de un general de brigada... ¡Ya ve usted, toda una señora!...

Y la casera exhaló otro suspiro más prolongado que el primero.

—En efecto... Su conversación de usted...

—¿Es verdad que se conoce a la legua? Sino que como el gobierno no nos pagaba, me vi precisada a meterme de «mercadela», porque ya ve usted, mi alma, que no es deshonra el trabajar.

—Todo lo contrario, el capital producido por el trabajo es el que más satisface a una conciencia limpia.

—Eso es lo que yo he dicho siempre. Pero una tarde me detuve a hablar en la calle con una amiga llamada doña Cruz; nos cogió el agua y esperamos a que pasara. Cuando esto sucedió, todo estaba ya anegado, y como tenía precisión de llegar a mi casa, hice que me cargase un cargador; pero al maldito se le antojó caerse conmigo en el agua. Con el susto, yo no atendí más que a salir; pero al subir a mi habitación para mudarme el vestido mojado, advertí que me faltaba el dinero en oro de unas alhajas que había vendido, y otros objetos de valor, que los llevaba envueltos en un pañuelo. Inmediatamente sospeché que el cargador

me había robado, y corrí al balcón de unos vecinos para señalar al ladrón y gritar que lo cogieran; pero ya para entonces había huído. Conservando, sin embargo, una esperanza de que se hubiese caído el pañuelo en el agua, estuve esperando a que se desanegara la calle y cuando todo estuvo seco, sólo encontré entre el lodo mis zapatos, pero no el pañuelo que contenía mi caudal.

—¡Qué desgracia!

—Y lo peor, mi alma, era que la mayor parte de las alhajas me las habían fiado; porque ya ve usted, como soy una señora, todos hacen confianza de mí; de manera que no sólo perdí lo mío, sino lo ajeno, que más me atormentaba; pues como soy una señora, no quería que tal vez sospechasen...

—Calculo lo que usted sufrirá.

—Y todo, ¿sabe usted por qué? Por hacer una buena obra.

—Lo creo.

—Figúrese usted que se trataba de hacer ver la inocencia del padre de un joven honrado, a quien se le negaba la mano de una hermosa; y como para conseguirlo era preciso mostrar un cuaderno en que se patentizaba su honradez, me suplicaron lo presentase, puesto que yo había indicado dónde se hallaba.

—Y ¿lo consiguió usted?

—Lo que es del cuaderno, logré apoderarme; pero como me fué imposible salir en aquel momento, por hallarse anegadas las calles, y al siguiente día caí en cama con calentura, a consecuencia de la mojada, el cuaderno se quedó sin que lo pudiese presentar a la persona interesada.

—Pero lo habrá hecho usted después, y la recompensa de su servicio habrá reparado la pérdida que tuvo usted de su dinero y alhajas.

—¡Ay!—dijo, arrojando un suspiro la casera, en quien el lector habrá reconocido desde las primeras palabras a doña Anita—; así lo esperaba yo también; pero estaba de Dios que me viera reducida, yo, toda una señora, al estado miserable en que me encuentra.

—Pero, ¿por qué causa?

—Figúrese usted, mi alma, que en el mismo día que yo me alivié y me preparaba a presentar el cuaderno, hubo una desgracia en un jardín, que me ha retraído de mi intento, temiendo que me compliquen en el negocio; porque ya usted ve lo que es la justicia; y no sería justo que siendo yo toda una señora...

—Obró usted cuerdamente—contestó la pobre mujer, de-

seando que terminase aquella conversación, que para ella ningún interés encerraba, y mucho menos cuando su cuerpo le pedía el descanso de sus fatigas.

Doña Anita también, ya fuese porque tenía costumbre de cenar temprano, ya porque considerase que debía estar fatigada su huésped, se levantó de su silla, se acercó a la mesa, puso un mantel limpio, aunque ordinario, sacó del cajón de ella dos platos rajados en el borde, se aproximó luego a la hornilla, preparó la pobre y escasa cena, hizo que participara de ella la desconocida mujer, y sacando después un colchón viejo que tenía envuelto en un petate a un lado de la cama, y tendiéndolo en uno de los ángulos del miserable cuarto, dijo:

—Usted estará cansada, mi alma, y justo es que se acueste ya; aquí tiene usted este colchón que llevaba mi difunto en campaña; acuéstese usted en él, y mañana le contaré a usted una porción de cosas muy curiosas.

La mujer le dió las gracias por los favores que le dispensaba, y se acostó en el rincón donde la nueva casera había tendido el colchón.

Pero entre tanto que la una descansa y doña Anita medita en las consecuencias de un momento de murmuración, que tan caro le había costado, entremos en la pieza contigua, en que suenan los acordes de varios instrumentos, y en donde se escuchan los gritos de alegría de una numerosa concurrencia.

Es un cuarto espacioso y bien envigado, con un tapanco, al cual se sube por una escalera muy estrecha que está en un rincón.

En un extremo de la pieza, y sobre una mesa de pino sin pintar, se ven un enorme jarro de pulque, vasos y varias cosas de comer, y debajo, un cuero lleno del mismo licor, que sirve de reserva.

En la misma mesa, en otras dos rinconeras y en el tapanco, arden algunas velas de sebo, colocadas en candelabros de barro.

Al lado de la puerta de entrada se ven tres músicos mal sentados sobre dos sillas quebradas, tocando uno el bandolón, otro el arpa, y el último el bajo, y guardando constantemente el equilibrio para no caer.

Al primero le falta el ojo derecho y le sobra un chirlo que le cruza de un lado al otro la cara; el segundo es tuerfo del izquierdo; pero, en cambio, en el derecho tiene una nube; y el tercero, ni tiene nube, gracias, sin duda, a que los dos están sin vista.

Allí todo es placer y alegría.

Los vecinos de todos los cuartos han acudido a la zambra y el jarro de pulque anda de mano en mano, calentando los estómagos, y dando libertad al pecho y torpeza a la lengua y a las piernas.

Unos de pie, algunos sentados en malas sillas y los demás en el suelo, echado el sombrero de anchas alas hacia atrás, y embozados en sus frazadas, tienen fija la vista en dos parejas que bailan en medio de la pieza un precioso jarabe que entusiasma a la concurrencia.

Entre tanta gente del país se ve tomar parte en el regocijo general a tres extranjeros que, como todos, no apartan los ojos de las lindas hijas de Eva, que revelan suma destreza en el arte de Terpsícore.

Las dos jóvenes que están llamando la atención en aquel instante, por su gracia y sus naturales movimientos en el baile popular que las anima, son de simpática fisonomía.

Una de ellas va vestida con ricas enaguas anchas y tortas de seda, bordadas de lentejuelas, debajo de las cuales se asoman las caladas puntas de otras blancas, limpias y perfectamente planchadas; un precioso zapato blanco de raso oprime su breve pie, de pronunciado empeine, que lo lleva sin media, como todas las mujeres del bajo pueblo y que, a no dudar, cuadra perfectamente con el airoso traje que ostentan; dos gruesas y largas trenzas negras como el ébano, enlazadas en sus puntas por una cinta de raso azul, caídas hacia atrás, contrastan con un fino ceñidor de seda encarnado que oprime su estrecha y flexible cintura; sobre sus delicados hombros, luce un rebozo nácar con labores negras, terciado con suma gracia, para permitir, sin duda, admirar una finísima camisa bordada, que cubre a medias su elevado y provocativo seno; sus brazos desnudos y torneados lucen doblemente sus bellísimas formas por la actitud que guardan al descansar las manos sobre la estrecha cintura.

La fisonomía de esta mujer es apacible y hechicera; sus ojos grandes y negros como el azabache, velados por largas y arqueadas pestañas, comunican una sombra dulce a sus párpados, que interesa y conmueve; sus labios, proporcionadamente gruesos, pero encarnados como la fresca rosa, dan a su pequeña boca una voluptuosidad cautivadora; su color, suavemente moreno, adquiere nuevos hechizos por el desleído carmín que alborea sus mejillas; y sus negras y finas cejas hacen resaltar la tersura de su espaciosa

y serena frente, donde se revela, lo mismo que en la dulce mirada de sus lindos ojos, la clara inteligencia y el fuego de un corazón dispuesto al amor.

La que baila a su lado, aunque vestida con menos lujo, no por eso le cede en gracia y soltura; su cuerpo es alto, esbelto y notable por las proporciones de sus bellas formas.

Uno de los hombres que con ellas bailan, va completamente desaliñado. Sobre una cabeza despeinada, lleva un sombrero ordinario de petate, de inmensas alas, echado para atrás dejando caer sobre la frente largos y espesos mechones de pelo; está despechugado y en mangas de camisa; un calzón blanco, por la tela, pero negro por la mugre, se sostiene en la cintura por un ceñidor azul no más limpio que el resto del traje; una frazada echada sobre el hombro, y unos zapatos amarillentos de gamuza con tacón estrecho y alto, completan su vestido. En su rostro cetrino y poco franco, se ostenta un enorme chirlo que le coge parte del carrillo y le divide el labio superior, prueba inequívoca de su vida tumultuosa.

El otro, por el contrario, va vestido con lujo; lleva un fino sombrero «jarano» de anchas alas, galoneadas de oro, con rica «toquilla» de plata y «chapetas» de lo mismo; una lujosa «manga» morada con «dragona» de oro, y orlada de ancho galón del mismo metal, ostenta en sus hombros; una rica «calzonera» de paño azul, con botonadura de plata, sostenida por un ceñidor bordado y con grandes borlas de oro colgando por detrás, está en armonía con una vistosa «cortina» de fina piel de venado, que ostenta en la espalda un águila primorosamente bordada, y sobre los hombros porción de alamares del mismo metal.

Los espectadores embozados ellos en sus frazadas, y ellas en sus ligeros rebozos, manifiestan en la alegría de sus rostros el placer de que están animados.

Los músicos, con ronca y destemplada voz, cantan, de vez en cuando, algunos picantes versos, que son recibidos con estrepitosos aplausos.

Los que bailan, animados por los vivos y los bravos, se esmeran en hacer nuevas figuras que llamen la atención.

—Vaya un versito, don Dolores, un verso del «Butaquito» —gritó uno desde un rincón, acabando de apurar un enorme vaso de pulque.

—¡Sí, sí, un versito! —repusieron todos.

—Allá va —dijo el músico, y cantó con empulcada voz lo siguiente:

Ese lunar que tienes,
cielito mío, junto a la boca,
no se lo des a nadie,
cielito mío, que a mí me toca.

—¡Bravo, bien..., don Lolo!

—Aquí hay pulque—exclamaron algunos, y hacen que circule el jarro y el vaso por toda la pieza.

—Valederos—dijo uno, deteniendo a otro que se disponía a salir del baile—, don Genovevo se «quiere dir» para su casa, y es preciso que no se le permita.

—No, no; nadie se «chispa»—respondieron varias voces—; aquí nos ha de amanecer a todos.

—Si es que de un «trompezón» se me ha «copinado» la uña, y ya no puedo bailar.

—No le hace; beba usted pulque, pues con pulque se cura todo.

—Don Dolores, toque usted un «Parreño» para que lo baile don Pilar con la linda «Pies de plata».

—Sí, sí; el «Parreño»—gritaron todos.

Y una nueva pareja se agregó a las dos que bailaban.

—Otro versito, don Dolores.

El músico tomó un trago para refrescar la garganta y cantó el siguiente verso:

Si el «Parreño» bailas,
pierde hasta el magín
con tu pie de a gеме
todo gachupín.

Y si más arriba
te alza el aire el ruedo
del vestido..., queda...
como yo me quedo.

«Parreño» sí, «Parreño» no;
«Parreño» dueño de mi corazón.

—Don Trenidad—dijo uno de mala catadura a otro de no más halagüeña facha, que estaba a su lado.

—¿Qué dice usted, compadre?

—Que parece que la «Tangos» no le «discuadra».

—¿Por qué, compadre?

—Porque le está usted «pelando el talisco» que parece que se la va usted a comer.

—Ni pensaba en ella.

—Es usted «muy pico largo»; pero yo no lo soy menos; y como está tan «chula»...

—De veras, compadre, que está «güena» y «bonifacia».

—Y ¿usted no le ha «desembuchado» su atrevido pensamiento?

—No, compadre, porque su «amasio» es mi valedor, y esto me «injunde respeto».

—Bien hecho; y como nunca la dejan «sólida»... Pero oigamos, que van a cantar los músicos, y me pasma la voz del que toca el bajo, porque es «rebusta» y «sempática».

Y el músico cuya voz era ronca y destemplada, cantó el siguiente mal pergeñado verso:

Señora, ¿por qué razón
a mi corazón «herites»;
si tenías otro amante,
por qué no me lo «dijites»?

—¡Bravo, bravo!... ¡Eso es «devino»!... Viva el barrio de la Palma, y que vivan sus mujeres exceptuando las «vigilias» y las «manuelas».

—¡Que vivan!—gritó un matón; y luego añadió por lo bajo, dirigiéndose a una graciosa joven de ojos negros—: Mas, sobre todo, que viva esta linda «chatita», que me tiene sorbido el seso con su lindo bozo y su boquita de azúcar candi.

—Llamrada de petate—contestó ella, mirándole con gachonería—. Sin duda no le deja a usted ver bien el humo del mucho pulque que le sube a usted del «estógamo».

—No, no es el «jumo» del «tlamapa», sino el «retemucho» amor que siento «quen» mueve mi lengua.

—«Cayetano la botica», y «estese silencio» con las manos, porque sólo los diablos tientan.

—No se muestre usted «polinaria», mi alma.

—¿«Quere» usted que le «queran a chaleco»?

—No, por voluntad; pues ya sabe usted que nada «quero» por la «juerza».

—Así me «cuadra».

—Y ¿cuándo me corresponderá usted, cielito?

—Cuando me «nazca».

—Pero, ¿cuándo?

—Verónica. Mas no hablemos «quedito», porque nos están todos «pelando el jalisco».

—Pero, ¿debo esperar? ¿Cirilo o Norte?

—Ya le he dicho a usted que Verónica.

—¡Valedor!—dijo acercándose a uno de los bailarines uno de los concurrentes.

—¿Qué se ofrece?